

## Reseñas Bibliográficas

### **América, una equivocación: ¿estudio histórico o divertimento literario?**

¿A qué género pertenece un libro como **américa, una equivocación** escrito por Enrique Caballero Escovar? ¿Es lícito que el lector le aplique cánones y exigencias que han llegado a ser admitidos para la evaluación de los trabajos históricos? ¿O deben aceptarse sus inexactitudes, sus interpretaciones arbitrarias, sus vuelos imaginativos, sus desbordadas imágenes, pensando que se trata de una obra literaria de la que sólo puede esperarse que sea amena y si acaso despierte algún interés en el lector por los acontecimientos del pasado? El autor, por su parte, insiste en que no es un historiador, y atribuye a su escasa familiaridad con los fenómenos que estudia al mantener "intacta" su "capacidad de asombro, tenso el resorte de la sorpresa y ricas de adrenalina las glándulas suprarrenales para lanzar descargas de estupor, de inconformidad o de fascinación" (p. 204). Pero asegura que "La historia tiene que contar la verdad" y opone su propia visión histórica a una "historia oficial cargada de falsificaciones estupefacientes" (p. 10). Esto justifica el esfuerzo de ver hasta qué punto este trabajo tiene que ver con el conocimiento histórico, y hasta dónde representa alguna contribución a la interpretación del pasado nacional, no importa cuán agradable pueda ser la prosa con la que esté escrito.

Infortunadamente, desde cualquier punto de vista histórico el libro es desastroso. Es evidente que al autor poco le importó hacer un estudio exacto, y que se dejó llevar por el afán de encontrar frases interesantes y de presentar como problemas profundos algunas paradojas superficiales. La enumeración de los errores, anacronismos, fechas inexactas, informaciones falsas, que incluye, excede la capacidad de esta breve nota, y por lo tanto basta dar algunas muestras:

- a) "Por esos tiempos (siglo VI) desde Oxford, habla Rogelio Bacon" (p. 31). Bacon, como es sabido, vivió en el siglo XIII.
- b) Bastidas "muere en un aposento de la Gobernación de Cuba con las heridas sin restañar. Mutis del notario. Y entra en escena... Vasco Núñez de Balboa" (p. 75-76). Caballero da así muerte a R. de Bastidas antes de 1510, y por supuesto, tiene que ignorarlo entre 1526 y 27, cuando es Gobernador de Santa Marta;

- c) "El Virrey Pedro Messia de la Zerda incorpora... todas las encomiendas a la corona... Se asignan entonces tierras que se consideran inviolables, a los indígenas... Nace así una nueva institución: el resguardo" (p. 175). Aquí el autor al fechar el nacimiento del resguardo en la segunda mitad del siglo XVIII, parece ignorar que el resguardo se estableció desde finales del siglo XVI.
- d) El relato sobre las expediciones de Las Casas da a entender que este se embarca para Pavia durante la regencia de Cisneros (p. 212), que esta conquista, en la que estaba acompañado por frailes jerónimos (p. 213) fracasa y Las Casas regresa a España, donde gobierna ya Carlos I. Caballero ha convertido un solo viaje en dos, y ha complicado la secuencia hasta un punto en que casi es imposible desembrollarla. Y podría seguirse con decenas de ejemplos similares.

Fuera de la confusión factual y cronológica, el libro está lleno de afirmaciones más o menos arbitrarias sobre problemas de mayor seriedad. Toda la actitud hacia los indígenas está marcada por un claro racismo, y las afirmaciones sobre los aborígenes provienen casi todas de documentos del siglo XVIII, que el autor no duda en hacer valer para el siglo XVI. Así, se dice que en la América Precolombina "predominaba el matriarcado" (158), que los indios tenían una "inapetencia sexual" claramente comprobable (165), que los inmigrantes del norte "no trajeron ningún elemento de civilización", y se habla del "ingenuo primitivismo del nativo" (194), de la "irremediable degeneración" que atravesaba éste (p. 15), en fin, afirmaciones que provocarían la santa indignación de cualquier antropólogo.

Igualmente arbitrarias son las opiniones sobre la actitud de España hacia los indígenas, donde resurge la actitud "hispanista" de acentuar las intenciones de la Legislación y minimizar la práctica real de la conquista. Los deseos de elogiar a España llegan al punto de maravillarse por la "ilimitada libertad de imprenta" (p. 217) aplicada a un tema tan controvertible como el de los derechos de España a las nuevas tierras. El autor se refiere a la polémica entre Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de Las Casas, y olvida justamente que al primero se le prohibió editar el *Democrates Alter* y que los manuscritos del *Confesionario* del segundo fueron recogidos por orden del Consejo de Castilla, e incluso quemados, como ocurrió en Méjico en 1548 por orden del Virrey. Por lo general, Caballero presume que los libros que citan los historiadores en relación a estos puntos fueron impresos durante la época, lo que muchas veces no ocurrió.

Por otra parte, poco justificada resulta la estructura del libro, que ofrece sólo imágenes parciales de algunos procesos centrales, y no teme aventurarse en digresiones más o menos irrelevantes. La obra está dedicada en su primera mitad al estudio de la situación española y a algunas consideraciones sobre la época de la conquista, pero mientras dedica páginas y páginas a Balboa ignora casi por completo la historia de Cartagena o de Popayán, y apenas menciona la de Santa Marta. Luego hay unos capítulos sobre los indígenas, sin mayor orden, que concluyen con una serie de notas extraídas casi siempre, como ya se dijo, de los cronistas del siglo XVIII, sin que el lector reciba advertencia alguna al respecto, y sin que sea claro porqué, si el libro parece referirse al siglo XVI, las costumbres indígenas que interesan son los de dos siglos después. Este aparte incluye un curioso capítulo sobre la proveniencia de los indígenas americanos, en el que prácticamente no se hace más que enumerar a algunos autores —la mayoría más o menos sensacionalistas— que han tratado el tema, sin apuntar a ninguna conclusión. Las páginas siguientes se refieren a Bartolomé de Las Casas y a Francisco de Victoria, con una imprecisión factual y conceptual coherente con la de todo el libro. Por último, trata Caballero el tema de la población negra, otra vez refiriéndose sobre todo a hechos

de los siglos XVII y XVIII. Unas páginas periodísticas sobre el Brasil y una "ojeada a la América actual" concluyen esta "biografía de Colombia".

Si el resumen anterior indica cuán arbitrariamente ha escogido el autor sus temas, en cada uno de ellos lo que atrae su atención es lo anecdótico, el gesto brillante, lo pintoresco, en fin lo que mejor se adapte al lenguaje florido y ágil del autor, y con mucha frecuencia lo que incluya alguna dosis de sexo o violencia. Desde este punto de vista, el libro pertenece al género muy tradicional de la historia anecdótica, que ha tenido prácticas menos descuidadas en el país, y ni siquiera se acerca al terreno de la historiografía contemporánea o se plantea los problemas que a ésta interesan. Pero Caballero está convencido de la novedad de sus aportes, y manifiesta reiteradamente su "sorpresa" ante los propios hallazgos, sorpresa que se explica ante todo por su conocimiento parcial de la literatura pertinente. Que Quesada se propusiera llegar al Perú por tierra al salir de Santa Marta en 1536, es en su opinión "afirmación tan abrupta e insólita" (p. 108) que merece demostrarse. Pero hace casi 20 años que Juan Friede señaló ésto, y hasta tal punto es hoy lugar común que se presenta como afirmación que no requiere discusión hasta en los textos de secundaria. (Ver, por ejemplo, *la Historia de Colombia* para 4o. de bachillerato de Margarita Peña, p. 89). Y en dos páginas se anuncia con toda clase de alardes una "tesis francamente estridente", que hiere el "tímpano de los comensales habituales de la historia, frente a quienes yo no paso de ser un veraneante" (p. 203-4). La tesis afirma que "el derecho internacional nace — en plena conquista — en la propia España y en favor del indio americano". La tesis puede ser correcta, pero no nueva, estridente o sorprendente. Ya en 1934, para no ir más lejos, la defendió J.B. Scott en su libro "Los orígenes españoles del Derecho Internacional" publicado por la Universidad de Oxford, y el manual más conocido sobre diplomacia renacentista decía, hace un cuarto de siglo, que "desde hace años el candidato más popular como creador del derecho internacional ha sido el Fraile Dominicano Francisco de Victoria..." que es justamente lo que aduce Caballero (Garrett Mattingly, *Renaissance Diplomacy*, ed. de 1964, p. 245).

En síntesis, Caballero ha escrito un libro que puede resultar a veces agradable y atractivo por cierta innegable brillantez del estilo y el lenguaje, pero cuyas pretensiones de originalidad son injustificadas y que constituye un relato tradicional, anecdótico, desordenado y extraordinariamente inexacto de la conquista, rodeado de algunas interpretaciones arbitrarias. Para quien tenga algún interés serio en la historia del país, su lectura resulta completamente inútil.

Jorge Orlando Melo

**Roger Brew, El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920 (Bogotá, Banco de la República, 1977)**

Hace algunas semanas murió en Inglaterra el historiador Roger Brew, siendo todavía un hombre joven y lleno de vigor. No lo conocí personalmente, pero me entusiasmé con su trabajo como historiador apenas conocí su manuscrito sobre la historia económica de Antioquia, el cual me envió su compatriota Malcom Deas. Decidí organizar la traducción de la obra, labor brillante ejecutada por Angela Mejía de López, y publicarla como volumen del Archivo de la Economía Nacional. Considero que la obra es uno de los aportes más significativos a nuestra historia económica, y con la *Industria y Protección* de Luis Ospina Vásquez se puede considerar uno de los clásicos colombianos en esta disciplina. Aunque Luis Ospina fue el pionero, e identificó las fuentes bibliográficas y estadísticas más importantes para la historia del desarrollo económico de Antioquia, la obra de Brew es más